

Diciembre 2007

11

BOLETÍN OFICIAL
de las **DIÓCESIS de la**
PROVINCIA ECLESIAÍSTICA
de **MADRID**

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL - ARZOBISPO

- Abrid de nuevo camino a la Esperanza en el Adviento del 2007 0000
- ¡Feliz y Santa Navidad 2007 en las Familias Cristianas y para todas las Familias Madrileñas! 0000
- Homilía del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal-Arzbispo de Madrid en la Fiesta de la Sagrada Familia de Nazaret 0000

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 0000
- Sagradas Órdenes 0000
- Defunciones 0000
- Actividades del Sr. Cardenal. Diciembre 2007 0000

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- María, estrella de esperanza 0000
- Visita Pastoral a la Parroquia del Santo Ángel 0000
- Natividad del Señor 0000

CANCILLERÍA-SECRETARIA

- Confirmaciones 0000
- Defunciones 0000
- Crónica de la jornada sacerdotal 0000
- Actividades del Sr. Obispo. Diciembre 2007 0000

Diócesis de Getafe

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

• Incardinaciones	0000
• Nombramientos	0000
• Defunciones	0000
• Decretos	0000
• Informaciones	0000

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Orinoco Artes Gráficas, S.L. - c/ Caucho, 9 - Tels. 91 675 14 33 / 91 675 17 98 - Fax: 91 677 76 46
E-mail: origrafi@teleline.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXV - Núm. 2795 - D. Legal: M-5697-1958

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

**ABRID DE NUEVO CAMINO A LA ESPERANZA
EN EL ADVIENTO DEL 2007**

Madrid, 13 de diciembre de 2007

Mis queridos hermanos y amigos:

Sin esperanza no es posible vivir; no se pueden arrostrar las dificultades y, menos, superar las dificultades diarias de la existencia. Y, sobre todo, sin esperanza no es posible afrontar el gran reto de la vida en su totalidad o, lo que viene a ser lo mismo, la cuestión de nuestro último y definitivo destino ¿Es que está en nuestras manos decidir sobre la gran pregunta de la vida y/o de la muerte? ¿Es que podemos y sabemos responder a ella con una perspectiva de eternidad sólo con nuestros propios recursos, con sólo aquellos que están al alcance normal de cualquier persona humana? ¿con las simples posibilidades del hombre?

La respuesta negativa a esta pregunta no parece que pueda admitir ninguna duda razonable. Ya el Concilio Vaticano II advertía que toda “imaginación fracasará ante la muerte” y que “todos los esfuerzos de la técnica, por muy útiles que sean, no pueden calmar esta ansiedad del hombre –frente a la muerte–; la prolongación de la longevidad biológica no puede satisfacer ese deseo de vida ulterior que ineluctablemente está arraigado en el corazón del hombre” (GSp 18). La ilusión de las posibilidades de un progreso técnico y humano, indefinido, como un objetivo

realista de la historia, se han mostrado, por lo demás, como lo que son ¡como ilusión!, cuando no como tragedia. El Santo Padre Benedicto XVI acaba de recordárnoslo en su Encíclica “Salvi Spe” con una lúcida crítica del concepto de progreso, idealizado por las más poderosas corrientes del pensamiento moderno: “la ambigüedad del progreso resulta evidente... Indudablemente ofrece nuevas posibilidades para el bien, pero también abre posibilidades abismales para el mal, posibilidades que antes no existían. Todos nosotros hemos sido testigos de cómo el progreso, en manos equivocadas, puede convertirse y se ha convertido de hecho, en un progreso terrible en el mal” (SpS 22). La historia contemporánea es testigo irrefutable de lo que dice el Papa.

Por ello nos son imprescindibles para avanzar por el camino de la vida, lleno de interrogantes de futuro, las pequeñas esperanzas con las que se van satisfaciendo nuestros deseos y expectativas de los bienes más comunes y diarios, con los que se entreteje el consuelo de nuestra vida personal, familiar, profesional y social, pero mucho más imprescindible nos es la gran esperanza de que no nos perdemos ¡de que nos salvaremos para siempre! La esperanza de la salvación de todo lo que somos, más allá del tiempo y de la muerte —la salvación del alma y del cuerpo— resulta, al final, la necesidad sentida más hondamente por el hombre. Nuestros contemporáneos la sienten, incluso, con una angustia atormentada que no saben cómo apagar. El impacto de la desesperanza se ceba frecuentemente en las jóvenes generaciones ¿Cómo pueden salir el hombre y la sociedad de nuestro tiempo del callejón sin salida de una esperanza, alimentada solamente por la autosuficiencia humana, sostenida únicamente por “el poder” de la ciencia y de la técnica, del dominio de los recursos socio-económicos y políticos? Solamente mirando a Dios, rememorando su historia salvífica con el hombre y situándose en aquellos hechos y momentos, donde Dios, el Señor, ha salido a su encuentro, al encuentro del hombre, herido por el pecado y rebelde ante las muestras de la bondad de Dios, expresadas en su Ley y en sus promesas. Isaías prometía a los israelitas un futuro en el que “verán la gloria del Señor”; pero exhortándoles: “Mirad a vuestro Dios, que trae el desquite, viene en persona, resarcirá y os salvará” (Is 15, 1-6a). Y el Señor efectivamente vino a rescatarlos y a rescatarnos del poder del pecado y de su consecuencia insoslayable: la muerte.

Y vino en una forma tan divina y humana a la vez que no podía por menos de aparecer como una donación de sí mismo, tan plena y tan gozosa por la sobreabundancia del amor y lo inmerecido de la infinita misericordia que implicaba, que resultaba incomprensible para el hombre terreno, “el curvado sobre sí mismo”

¡Sí, el Hijo de Dios, enviado por el Padre, tomando nuestra carne en las entrañas purísimas de la Virgen María, se haría Hijo del Hombre! ¡Se haría Emmanuel – Dios-con-nosotros–! La gran esperanza podía ser posible; más aún, era y es la gran e irreversible oportunidad del hombre. Basta con que abra su corazón al verdadero Mesías de Dios, al Salvador, que abra su corazón a Jesucristo, el Hijo de la Virgen de Nazareth. Con Él, con su venida, se han llenado las más ancestrales, las más arraigadas y más profundas esperanzas de los hombres de todos los tiempos: de judíos y paganos, de los antiguos y modernos. Y ¿cómo no? Él es el único que puede llenar el ansia de esperanza del hombre del siglo XXI. Él es el que puede de verdad colmarnos a nosotros, cristianos y no cristianos del año 2007, de la verdadera, de la gran esperanza. La Liturgia del Adviento nos invita a enardecer nuestro corazón con la espera de su nueva y actualizada venida en la próxima Fiesta de la Navidad, combinando paciencia y oración, ejercicio humilde de la virtud de la fe y la purificación de nuestros pecados en el Sacramento de la Penitencia ¡No hay duda! Cristo es el Salvador ¡no hay otro! ¡Ni hay otro lugar propio para recibirle que su Iglesia! la Iglesia, Una, Santa y Católica que preside en la Caridad el Sucesor de Pedro, formada en la Comunión jerárquica de y en las Iglesias Particulares presididas por sus Pastores, los Sucesores de los Apóstoles, obedientes al Obispo de Roma.

El lugar espiritual por excelencia e, incluso, humano, dentro de la Iglesia, para renovar con fe verdadera y caridad auténtica la acogida del Señor que viene, es la familia, “iglesia Doméstica” y célula primera y fundamental de la sociedad. Sin la familia cristiana no es posible vivir e intensificar la gran esperanza del Salvador. No lo fue nunca y mucho menos en la actualidad. Fortalecer y renovar la verdad y la vida de la familia cristiana es la más eficaz apuesta por la esperanza y para la esperanza que puede hacer hoy apostólica y pastoralmente la Iglesia, especialmente sus fieles laicos. La hemos hecho con “la Misión Joven” de Madrid en el presente curso. Darle una pública y festiva expresión es lo que buscamos y pretendemos con la celebración por “la familia cristiana” en la Plaza de Colón a las 11 horas de la mañana del próximo 30 de diciembre, Fiesta de la Sagrada Familia. Invitamos y animamos a participar en ella a todos los católicos madrileños y a todos los que sintonicen con el gran valor ético y espiritual de la familia. Naturalmente la participación en ella de Pastores y fieles de otras Diócesis españolas constituirá un motivo de gran alegría.

Es una hora histórica para proclamar y testimoniar el valor imprescindible e insustituible de la familia cristiana para la evangelización dentro y fuera de las comu-

nidades eclesiales ¡Sin familias cristianas no hay lugar en el corazón de las personas y de la sociedad para la gran Esperanza! ¡Participad ya desde ahora, queridos diocesanos, con vuestra oración y vuestra colaboración en el gran acontecimiento eclesial en favor de la familia cristiana!

Encomendemos los frutos espirituales y temporales de este encuentro, en que no nos faltará ni la palabra ni la imagen viva del Papa, al amor maternal de nuestra Patrona, la Virgen de La Almudena.

Con todo afecto y mi bendición.

¡Feliz y Santa Navidad de 2007 en las Familias Cristianas y para todas las Familias Madrileñas!

Madrid, 30 de diciembre de 2007

Mis queridos hermanos y amigos:

La liturgia del último Domingo de Adviento nos invita a prepararnos al Nacimiento de Jesús, el Hijo de Dios, recordándonos el Misterio de su Encarnación y animándonos a disponer el alma para recibirlo de nuevo, como a El Salvador ¡nuestro Salvador! Prometido a los Profetas, conocido por nosotros por el Anuncio del Ángel a la Virgen María, la Doncella de Nazareth, a la que se le confía la Maternidad de ese Hijo Divino, que, por ella, deviene “hijo del hombre”, lo acoge la Iglesia de nuevo en este año 2007, que fenece, para que sus hijos vuelvan a renovar la gracia de su propio Bautismo -su “nuevo Nacimiento para la vida redimida y transformada por el don del Amor de Dios”-, ayudando a descubrir a todos sus hermanos la vocación de vivir como Hijo de Dios; vocación no sólo posible, sino realizable por Jesucristo, cuyo Nacimiento vamos a vivir de nuevo en la celebración litúrgica de la Navidad. La acogida de ese Jesús Niño por parte de la Iglesia incluye a la familia cristiana, “Iglesia Doméstica”, en la que se transmite el don de la fe a las nuevas generaciones, se vive de la gran esperanza de la salvación y de la experiencia del verdadero amor que la sostiene y confirma.

En la Navidad de este año queremos dirigir nuestra mirada eclesial de un modo especial a la Familia como lugar humana y espiritualmente imprescindible para avanzar por el camino de la existencia dejándonos ganar y salvar por Jesucristo, Nuestro Señor. La gran celebración de la Plaza de Colón del próximo Domingo día 30 quiere ser un momento de anuncio y proclamación del Evangelio de la Familia y de oración compartida en la Comunión de la Iglesia por el bien de la familia –de las nuestras y de las de todos nuestros conciudadanos–, bien inseparable del cumplimiento del plan de Dios sobre ella y al que tantos obstáculos y dificultades de todo orden pone la sociedad y cultura actuales, rendidas muchas veces a la fascinación tentadora de modelos de vida egocéntricos y materialistas. A participar en esa gran celebración “por la familia cristiana”, os invitaba, días pasados, y que quisiera reiterarlo y actualizarlo hoy. Os decía, queridos diocesanos de Madrid:

“El próximo 30 de Diciembre, solemnidad de la Sagrada Familia, tendrá lugar en nuestra Diócesis una gran celebración con el lema ***Por la familia cristiana*** para vivir festivamente el gran don de la familia santificada por la Encarnación y Nacimiento del Hijo de Dios. Esta iniciativa de movimientos y nuevas realidades eclesiales, que acojo gustosamente en nuestra Diócesis, pretende apoyar a la familia cristiana mediante el anuncio explícito de la verdad que la Iglesia católica nos enseña sobre ella. Se harán presentes los Sres. Cardenales de España, el presidente de la Conferencia Episcopal Española, los obispos de la Provincia Eclesiástica y los que quieran unirse a dicho acto.

Esta celebración se realiza en el marco de la transmisión de la fe, sobre la que venimos trabajando en nuestra Archidiócesis de tiempo atrás. Más concretamente, se inscribe en el desarrollo de una misión destinada a los jóvenes que este curso de 2007-2008 se extiende a las familias jóvenes que necesitan apoyo, compañía y orientación. Providencialmente, este acto tendrá lugar justamente cuando celebramos el XXV Aniversario de la visita del inolvidable siervo de Dios, el Papa Juan Pablo II, que vino por vez primera a España en 1982. Quienes asistieron a la misa de las familias, celebrada muy de cerca de donde tendrá lugar nuestro encuentro, no olvidan la fuerza, la claridad y el amor con que Juan Pablo II anunció a las familias el plan de Dios sobre el matrimonio, la familia y las consecuencias que se derivan del mismo: la defensa de la vida, la unión indisoluble del matrimonio entre hombre y mujer, el significado trascendente del amor conyugal, el derecho insustituible e ineludible de los padres a educar a sus hijos según sus propias convicciones.

Os exhorto, pues, a participar *familiarmente* en este momento de gracia como testimonio de lo que creemos y vivimos en un momento crucial en el que la familia, tanto en España como en Europa, sufre fuertes amenazas. Como cristianos queremos anunciar *el evangelio de la familia* para iluminar y sostener a las familias cristianas, y a muchas otras que sin compartir nuestra fe sintonizan con la sensibilidad eclesial, en su identidad y misión en la sociedad.

Queremos vivir este encuentro como un modo de celebrar festivamente la solemnidad de la Sagrada Familia de manera que las familias cristianas vivan su vocación de verdaderas *iglesias domésticas* que por el testimonio de su vida atraigan a otras a realizarse según el modelo dado por Dios en la familia de Nazareth.

Que Jesús, María y José nos ayuden en este empeño y bendigan a todas las familias con la alegría que nos trae la Navidad”.

Con todo afecto, mis deseos de una celebración santa y gozosa de la Natividad del Señor y mi bendición.

**HOMILÍA del Emmo. y Rvdmo.
Sr. Cardenal-Arzobispo de Madrid
en la Fiesta de la Sagrada Familia de Nazaret**

Plaza de Colón, 30.XII.2007
(Jn 2.12-17; Sal 127; Col 3,15a.16a.)

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

1. Aquí estamos de nuevo fieles católicos procedentes de todos los rincones de España, presididos por sus Pastores, en la madrileña Plaza de Colón, lugar de dos históricos encuentros con el Siervo de Dios Juan Pablo II, en 1993 y en 2003, para las canonizaciones de Santos españoles y muy cerca de la Plaza de Lima en la que el 2 de noviembre de 1982, en su primer viaje a España, proclamó con un inusitado vigor el Evangelio de la Familia.

Hoy es obligado preguntarse qué hemos hecho después de un cuarto de siglo de aquella vibrante llamada del Papa a vivir plenamente la verdad del matrimonio, comunión íntima de vida y de amor entre el esposo y la esposa; abierto, por tanto, a la total donación mutua de la que nacen los hijos y en la que crecen y se educan como hijos de Dios. “La familia es la única comunidad en la que todo hombre ‘es amado por sí mismo’, por lo que es y no por lo que tiene”, nos recordaba Juan Pablo II. Con la suerte de la familia está y cae la suerte del hombre mismo y el

presente y el futuro en paz de la sociedad y de los pueblos; también el presente y el futuro de España y de Europa.

2. La pregunta sigue hoy más lacerante y viva ante la formación de un medio ambiente cultural y social, en crecimiento continuo, donde se relativiza radicalmente la idea misma del matrimonio y de la familia y se fomentan desde las edades más tempranas prácticas y estilos de vida en las relaciones entre el varón y la mujer opuestos al valor del amor indisoluble y al respeto incondicional a la vida de la persona desde el momento de su concepción hasta la muerte natural. Realidad social posibilitada y favorecida jurídicamente por las leyes vigentes. Es verdad que el Viaje Apostólico de Benedicto XVI a Valencia el año pasado, el 8 y 9 de julio, con motivo del V Encuentro Mundial de las Familias, nos sirvió para renovar nuestra escucha de la Buena Noticia de la Familia Cristiana, cauce imprescindible para la transmisión de la fe en medio de un mundo ideológico y social hostil a la familia. Los hechos, sin embargo, que siguen dominando y condicionando la opinión pública sobre la familia y la misma realidad familiar –la destrucción temprana de los nuevos matrimonios, la violencia doméstica, la escalada del número de abortos con el escándalo del aborto en las preadolescentes y el de los abortos tardíos...–, interpelan fuertemente a nuestras conciencias. ¡No hay duda! la familia se presenta como el problema objetivamente más grave e inquietante ante el que se encuentran las sociedades europeas y, por supuesto, la española. El Santo Padre, en el Mensaje de la Jornada de la Paz del próximo 1 de enero sobre la “Familia Humana - Comunidad de Paz”, llega, incluso, a afirmar: “la negación o restricción de los derechos de la familia, al oscurecer la verdad sobre el hombre, amenaza los fundamentos mismos de la paz. Por tanto, quien obstaculiza la institución familiar, aunque sea inconscientemente, hace que la paz de toda la comunidad nacional e internacional sea frágil, porque debilita lo que, de hecho, es la principal ‘agencia’ de paz” (N^{os} 4-5).

3. ¡No hay pues tiempo que perder! ¡Urge la respuesta cristiana a esta pregunta crucial para nuestro futuro, el de España, el de Europa y el de toda la humanidad! Y nuestra respuesta no es otra que la de la verdad de la familia, inscrita en el ser y en el corazón del hombre –varón y mujer–, restablecida en toda su plenitud, bondad y belleza por Jesucristo, el Redentor del hombre, y que hoy queremos proclamar como la única propuesta auténtica, la única capaz de renovar profundamente la sociedad desde sus raíces y las personas en lo más íntimo de sus necesidades básicas, de sus deseos de salud, de felicidad ¡de su ansia de eternidad! Y, por consiguiente, la única que puede convencer a los jóvenes de que sí, de que es

posible concebir y proyectar la vida como una gran experiencia de amor ¡como una vocación para “el amor más grande”!

Podemos y debemos ofrecerla a todos nuestros hermanos, los creyentes y los no creyentes, que sienten en sus vidas la inquietud interior de una búsqueda de respuestas vitales satisfactorias que no llegan por los caminos del egocentrismo individualista. Para nosotros siguen vigentes y actuales las certezas con las que Juan quería animar y confortar a los cristianos de aquellas primitivas comunidades, confrontadas con los ideales y la visión pagana de la vida y del mundo; comunidades en trance abierto o latente de martirio. También vosotros, padres de las familias cristianas españolas del año 2007, “conocéis al que existía desde el principio”. También vosotros, sus hijos, “ya conocéis al Padre”. Y vosotros, jóvenes cristianos, sabéis “que sois fuertes y que la palabra de Dios permanece en vosotros, y que habéis vencido al Maligno. No améis al mundo ni lo que hay en el mundo”. Y todos sabemos, que “si alguno ama al mundo, no está en él el amor del Padre. Porque lo que hay en el mundo –las pasiones de la carne, y la codicia de los ojos, y la arrogancia del dinero–, eso no procede del Padre, sino que procede del mundo”. Y no se nos escapa, sobre todo a los mayores, la necesidad espiritual de reconocer que “el mundo pasa, con sus pasiones, y que, solamente, el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre”.

4. Pero, sobre todo, podéis ofrecer vuestro testimonio expresado en palabras y desgranado día a día con el ejemplo de la vida, a imagen de la Sagrada Familia de Nazaret, cuya solemnidad hoy celebramos junto con toda la Iglesia, presidida por el Sucesor de Pedro, el Santo Padre Benedicto XVI. Hace tan sólo unos instantes que nos exhortaba con palabras luminosas y fervientes a ser los testigos de la familia cristiana. El Salvador y la salvación han venido al hombre por y en la Familia de Nazaret formada por Jesús, Hijo de Dios, salvador del hombre y por su Santísima Madre y por San José, casto esposo, encargado por Dios de la custodia de la Madre y del Hijo, amenazados desde muy pronto por los codiciosos del poder humano, obligándoles a buscar refugio y asilo fuera de su tierra natal (Cfr. Benedicto XVI, Jesús von Nazareth, 10).

Sí, Jesús es el que trae de nuevo plenamente a Dios a la raíz y al corazón de la familia humana: de cada una de las familias y de toda la humanidad, llamada a configurarse según el modelo de la familia, nacida del amor indisolublemente fiel del marido a la mujer y de la mujer al marido; es decir, del modelo que respondía al proyecto pensado y querido por Dios desde “el principio”, como recordaría San

Pablo a los Efesios: “dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne”. Y, añadía: “gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia” (Ef 5, 31-32).

5. En la respuesta de la familia cristiana a la crisis de la institución familiar por parte del entorno social y cultural que la envuelve, hay un núcleo o principio esencial sin cuyo reconocimiento teórico y práctico es imposible recuperar las raíces éticas y espirituales de una cultura familiar sana y fecunda con los efectos humanizadores imprescindibles para la subsistencia misma de una buena sociedad. Éste es: que el origen y el fin del matrimonio y de la familia, sus elementos constitutivos, sus propiedades esenciales y las normas de vida que han de regirla, vienen determinadas por Dios a través de la naturaleza del ser humano y de la norma moral natural que de ella se desprende y cuyo conocimiento “no es imposible para el hombre que entra en sí mismo y, situándose frente a su propio destino, se interroga sobre la lógica interna de las inclinaciones más profundas que hay en su ser” (Benedicto XVI, Mensaje de la Jornada Mundial de la Paz, 1.I.2008, 13). Las perplejidades y dificultades que puedan encontrarse en esa experiencia de lectura clara y cierta de “esa gramática de Dios”, impresa en el corazón del hombre, se ven despejadas si se mira a Cristo en la Familia de Nazaret, si se escucha su Palabra, viva e íntegra en su Iglesia, y nos dejamos iluminar y guiar por Él, como le sucede a las familias sinceramente cristianas. Ni la familia, ni el matrimonio en el que se funda, ni el don de la vida –¡los hijos!–, su primer fruto, están a disposición de la voluntad de hombre alguno o de cualquier poder humano. Ni las personas particulares, ni los grupos sociales, ni la sociedad en su conjunto, ni la autoridad del Estado pueden manipular a su gusto sus orígenes, su naturaleza y sus propiedades esenciales, en una palabra, su razón de ser puesta por Dios, que no es otra que la de constituir “la primera forma de comunión entre las personas... la que el amor suscita entre un hombre y una mujer decididos a unirse establemente para construir juntos una nueva familia” (Mensaje 1).

6. La experiencia diaria nos enseña lo que sucede a las personas y a las sociedades cuando no construyen el matrimonio y la familia sobre el fundamento sólido de la institución divina: vidas rotas por la separación irreversible entre los cónyuges, sufrimientos, desorientación y desamparo en los niños y los jóvenes afectados por la ruptura familiar, la plaga del aborto, el envejecimiento imparable de la población... En cambio, cuando se elige la vía del amor crucificado, del seguimiento de la voluntad de Dios y se persevera en ella, el matrimonio se manifiesta como “la cuna de la vida y del amor” (Juan Pablo II, *Christifideles laici*, 40) y la familia,

que de Él surge, como el lugar primero y fundamental donde se aprenden las primeras y más básicas lecciones de humanidad; más aun, las eternas lecciones del amor verdadero y de la paz. La vivencia de la justicia y del amor entre los hermanos y hermanas, la función de una autoridad desinteresada, que se revela y ejerce como un servicio de amor por parte de los padres, la dedicación preferente a los miembros más débiles –a los pequeños, a los ancianos, a los que están enfermos–, la disponibilidad siempre pronta para ayudarse mutuamente de los miembros de la familia entre sí y en cualquiera necesidad, dispuestos siempre para acoger al otro, para perdonarlo... ¡todo ello! cuaja como fruto cotidiano de la familia fundada y vivida según Dios.

7. Éste es el don que hemos descubierto y que habéis recibido, queridas madres y padres cristianos, cuando os habéis sentido llamados por Dios a la vocación matrimonial y habéis respondido a ella con el Sí decidido y gozoso de vuestro amor mutuo, en el que se incluía “el sí” consciente y responsable de los hijos que habéis ido recibiendo de Dios en un itinerario de amor desprendido y de generosas e íntimas acogidas, fruto maduro de una cotidiana oblación de vosotros mismos al Señor. Así, amorosamente, fuisteis construyendo vuestra familia como esa íntima comunidad de amor y de vida que hace posible que la humanidad entera se pueda ir configurando como una gran familia en la que reine “la civilización del amor”. Sí, queridas familias cristianas de España, en la Comunión de la Iglesia, la familia de los Hijos de Dios, sois las imprescindibles protagonistas de la realización de ese objetivo de Civilización del amor ¿Quién si no sois vosotras puede hacerlo? ¡Nadie más!

8. Queridas familias cristianas, vosotras habéis conocido el amor que Dios nos tiene y habéis creído en él. Habéis creído en “el Dios que es Amor”. Habéis conocido “al Amor de los Amores” y querido permanecer en Él y así permanecéis en Dios y Dios en vosotras (Cfr. Ef 1; Jn 4,16). Vuestro testimonio ante el mundo y la sociedad contemporánea no es otro ni debe ser otro que el de que el Amor es posible y de que vivirlo en su plenitud consiste la vocación del hombre y el único criterio de verdad y de vida que puede salvarlo. Si alguien nos pregunta por el significado de esta gran celebración habría que contestarles: Las familias cristianas de España han querido ofrecer un testimonio público, festivamente expresado, de que en la experiencia cristiana de la familia se descubre, recibe y vive el gran Don del Amor como primicia y vía imprescindible para vivir de amor y con amor en todas las circunstancias privadas y públicas de la vida y como la única fuerza que permite andar la peregrinación de este mundo con esperanza. “Porque amor saca

amor”, diría Teresa de Jesús. Ésta es la aportación siempre antigua y siempre nueva de las familias cristianas a sus contemporáneos, sean creyentes o no, y a la sociedad: el mantener siempre abierto y abonado el surco de la vida para recibir el gran Don del Amor y para hacerlo fecundo y activo en todos los contextos en los que se desenvuelve la existencia humana, de camino a su último destino.

9. Ofrecemos nuestro testimonio. No lo imponemos. Pero sí pedimos a Jesús, María y José, que sea comprendido, que sea aceptado; más aún, que contribuya a que la conciencia social y la valoración cultural por parte de la sociedad española en relación con el reconocimiento del valor insustituible del matrimonio y de la familia según el proyecto de Dios para el bien de las nuevas generaciones y de su futuro, que tanto deniegan o escatiman, gire y gire pronto. Más aún, pedimos que con vuestro testimonio constante y gozoso de la verdad, la bondad y la belleza de la familia cristiana, en la vida privada y pública, apoyados en la oración de toda la Iglesia, especialmente de sus comunidades contemplativas, seáis capaces de que se produzca una verdadera conversión de las conciencias de las personas y de los distintos grupos e instituciones sociales en su concepción y en su aprecio de la familia; ¡que de nuevo sea vista y apreciada la familia, fundada en el verdadero matrimonio, como “la célula primera y vital de la sociedad” y “la primera e insustituible educadora de la paz”! (AA, 11; Mensaje, 3); tanto en la opinión pública como en la estimación popular, en la valoración política y en la legislación del Estado.

10. Nos entristece tener que constatar que nuestro ordenamiento jurídico ha dado marcha atrás respecto a lo que la Declaración Universal de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas reconocía y establecía hace ya casi sesenta años, a saber: que “la familia es el núcleo natural y fundamental de la sociedad y tiene derecho a ser protegida por la sociedad y el Estado” (Art. 16/3). Volvamos de nuevo, sin argucias dialécticas ¡diligentemente! a ese punto inicial del camino de lo que quiso representar una nueva civilización jurídica, capaz de garantizar y desarrollar el ideal siempre frágil y siempre urgente de la paz frente a las amenazas internas, como las del terrorismo, que siguen acechándonos en España, y las externas, como son las guerras y los conflictos internacionales.

11. No desfallezcamos en nuestro empeño de evangelizar a las familias españolas. Nos sostiene a todos, pastores, consagrados y fieles laicos, el amor y la gracia de Aquél, que muriendo en la Cruz por nosotros, triunfó en la Resurrección.

Por Cristo Salvador del hombre, con Él y en Él, se asienta y se afirma vuestra esperanza, queridas familias cristianas, y la nuestra; en la oración de su Madre y nuestra Madre, María, encuentra un precioso apoyo maternal y consuelo constante.

En Pentecostés, con María, “el reino de Jesús”, tan distinto de cómo lo habían podido imaginar los hombres, inicia aquella hora irreversible de su presencia salvadora en la historia de la familia y de su renovada vocación de ser santuario de la vida y del amor que le es propia y en la que nadie puede sustituirla. Por ello podemos suplicarle hoy a María, con confianza filial, haciendo nuestras las palabras de Benedicto XVI en su última Encíclica “Spe salvi”: “Madre de la esperanza, Santa María, Madre de Dios, Madre Nuestra, enséñanos a creer, a esperar y amar contigo. Indícanos el camino hacia su reino. Estrella del mar, brilla sobre nosotros y guíanos en nuestro camino”: el de ser testigos valientes y gozosos del Evangelio de la Familia.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

NOMBRAMIENTOS

Delegado Diocesano de Misiones y Director Diocesano de OO. MM.
PP.: Don José María Calderón Castro (15/12/2007)
Asistente Eclesiástico de la Asociación Medalla Milagrosa: P. Roberto Calero Jiménez-Valladolid, C.M. (5/12/2007)

CAPELLÁN

De las Hermanitas de los Ancianos Desamparados: Don Francisco Ponce Gallén (5/12/2007)
De la Residencia de Mayores de la CAM, de Colmenar Viejo: Don Antonio del Amo Camaño (5/12/2007)
Del Hospital de Cantoblanco: Don Ignacio Andreu Merrelles (5/12/2007)

ADSCRITOS

Padre Nuestro: Don Alberto Reyes Pías (5/12/2007)
Asunción de Nuestra Señora, de Valdemorillo: Don Martín Florentino Gómez (5/12/2007)

SAGRADAS ORDENES

En la Real Basílica del Monasterio del Escorial de Madrid, el Excmo. Y Rvdm. Sr. D. José Manuel Estepa Llaurens, Arzobispo Emérito Castrense de España, con licencia del EEmm. Y Rvdo. Sr. D. Antonio María Rouco Varela, Cardenal Arzobispo de Madrid, confirió el Sagrada Orden del Presbiterado, al diácono, perteneciente a la Orden de San Agustín: Fr. José María Herranz Mate, OSA.

DEFUNCIONES

El día 8 de diciembre de 2007 falleció el Rvdo. Sr. D. MANUEL MUÑOZ VALDERRAMA, sacerdote diocesano de Cuenca. Nació en Madrid el 2/2/1934. Fue ordenado en Cuenca, el 24 de Octubre de 1992. Ha desempeñado en la Diócesis los cargos de Capellán del Colegio “Santa María de los Rosales” (1996), Vicario parroquial de San José (16/12/1997 a 5/6/2001), profesor del colegio del Buen Consejo, de los PP. Estaba jubilado.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL. DICIEMBRE 2007

Día 1: Reunión con Delegados en el Arzobispado

Misa en la parroquia de Nuestra Señora de la Vega, con motivo del X aniversario del Beato Ceferino Giménez Malla. Bendición de una imagen del Beato.

Día 2: Misa de Adviento.

Día 3: Misa de la Fundación Independiente.

Día 4: Visita a una comunidad de seminaristas

Día 5: Consejo Episcopal.

Día 7: Vigilia de la Inmaculada en la Catedral de la Almudena.

Día 8: Misa en la festividad de la Inmaculada Concepción, en la Catedral de la Almudena.

Misa de la Inmaculada en el Seminario Conciliar.

Día 10: Visita a una comunidad de seminaristas

Día 11: Festividad de San Dámaso. Claustro y Misa en la Facultad de Teología.

Día 12: Visita al Colegio de las Hijas de la Caridad de la c/ Don Pedro

Comida con la Academia de Arte de San Dámaso

Consejo de Cáritas

Día 14: Reunión de la Provincia Eclesiástica

Día 16: Misa en Munich con las Cruzadas de Santa María

Día 18: Reunión del Museo Cerralbo

Día 19: 14,30 horas, Comida con el Cabildo

Día 22: Sembradores de Estrellas, en la Catedral.

Celebración de la Navidad en el Seminario.

Día 24: Visita al albergue/comedor de las Misioneras de la Caridad

Misa del Gallo en la Catedral

Día 25: Misa de Navidad en la Catedral.

Día 26: Misa con los Cruzados

Día 27: Votos de las Cruzadas, en Ávila

Día 31: Misa de acción de gracias en el fin de año, en la Catedral.



Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

INMACULADA CONCEPCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA

Catedral de Alcalá de Henares, 8 Diciembre 2007

Lecturas: *Gn* 3, 9-15.20; *Ef* 1, 3-6.11-12; *Lc* 1, 26-38.

María, estrella de esperanza

1. El Santo Padre Benedicto XVI nos ha regalado una nueva encíclica, dedicada a la reflexión sobre la esperanza cristiana (cf. *Spe salvi*, Roma, 30 de noviembre de 2007), que deseo tener presente en esta solemnidad de la Inmaculada Concepción, fiesta de gran esperanza. Estamos en el Adviento, tiempo de espera esperanzada en la Venida del Señor. Os animo a todos a leer, durante el tiempo de Adviento, esta hermosa encíclica del Papa.

En una sociedad alejada de Dios y necesitada de la verdadera esperanza, la Virgen Inmaculada es para todos los hombres “estrella de esperanza”, como la define el Papa en su encíclica.

En el Nuevo Testamento una nueva esperanza distinguía a los cristianos de cuantos vivían la religiosidad pagana. San Pablo nos recuerda en su carta a los Efesios: «Estabais a la sazón lejos de Cristo, excluidos de la ciudadanía de Israel y extraños a las alianzas de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo» (*Ef* 2,

12). Benedicto XVI, comentando este pasaje de Pablo dice: “Naturalmente, él sabía que habían tenido dioses, que habían tenido una religión, pero sus dioses se habían demostrado inciertos y de sus mitos contradictorios no surgía esperanza alguna. A pesar de los dioses, estaban «sin Dios» y, por consiguiente, se hallaban en un mundo oscuro, ante un futuro sombrío” (*Spe salvi*, 2).

La esperanza bíblica del reino de Dios ha sido reemplazada muchas veces por la esperanza del reino del hombre y por la esperanza de un mundo mejor. Hay muchas utopías, políticas, sociales, filosóficas, ideológicas, que no han obtenido lo que prometían. Esta esperanza terrena sería capaz de movilizar todas las energías del hombre y podría merecer todo tipo de esfuerzos; pero a lo largo del tiempo se ha visto que esta esperanza se va alejando cada vez más (cf. Benedicto XVI, *Spe salvi*, 30).

Vivir sin el Dios de Jesucristo es vivir sin esperanza. Aunque el hombre adore a sus propios dioses, fabricados por sus manos o por su mente, no puede vivir la verdadera esperanza; podrá llenarse de esperanzas terrenas y temporales, pero no le llenarán jamás el corazón. Porque el hombre, hecho a imagen de Dios, anhela la infinitud y la eternidad para las que está creado: “Nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti”, decía San Agustín; porque el corazón del hombre está hecho para amar a Dios y tener una relación personal con el Dios trascendente.

2. La esperanza cristiana lleva consigo redención y salvación. Según San Pablo, antes del encuentro con Cristo, los Efesios estaban sin esperanza, porque estaban en el mundo sin Dios: “Llegar a conocer a Dios, al Dios verdadero, eso es lo que significa recibir esperanza. Para nosotros, que vivimos desde siempre con el concepto cristiano de Dios y nos hemos acostumbrado a él, el tener esperanza, que proviene del encuentro real con este Dios, resulta ya casi imperceptible” (Benedicto XVI, *Spe salvi*, 3).

Pero, para quien no conocía a Dios, encontrarse por primera vez con Él significa haber encontrado el sentido de su vida y la razón de su existencia. El encuentro con Dios transforma la vida del hombre, dándole un sabor y una intensidad desconocidas hasta entonces.

Así nos los muestran los santos que han vivido parte de su vida sin Dios y se han convertido después. San Agustín exclamaba: “Tarde os amé, hermosura tan

antigua y tan nueva; tarde os amé. Vos estabais dentro de mi alma y yo distraído fuera, y allí mismo os buscaba; y perdiendo la hermosura de mi alma, me dejaba llevar de estas hermosas criaturas exteriores que Vos habéis creado (...) Me disteis a gustar vuestra dulzura, y ha excitado en mi alma un hambre y sed muy viva.” (*Confesiones*, Lib. X, cap. 27).

Quien ha conocido a Dios empieza a vivir de otra manera, con la esperanza en una vida nueva, porque el futuro, oscuro e incierto, se convierte en claridad y seguridad. La esperanza cristiana es una virtud teologal, porque tiene en Dios su fundamento y su fin.

La Virgen Inmaculada ha sabido renunciar a sus esperanzas terrenales, a sus proyectos personales como mujer, para aceptar con esperanza el plan de Dios en su vida. El corazón inmaculado de María no se turbó con falsas esperanzas terrenas, superficiales, vanas; sino que, superándolas, se llenó de amor esperanza-do y de deseos de vida verdadera.

Los Santos Niños Justo y Pastor han sabido renunciar a la expectativa de una larga vida terrena, muriendo en una edad tierna, a cambio de la esperanza en la vida eterna.

Nuestro corazón debe estar abierto a “Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo” (*Col* 1, 3); no a cualquier “diosecillo” que nos fabriquemos, sino al Dios que lo trasciende todo, para vivir con la certeza y seguridad de la fe y con la esperanza de eternidad.

3. Quien no conoce al Dios verdadero, “aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida (cf. *Ef* 2,12). La verdadera, la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, sólo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando «hasta el extremo», «hasta el total cumplimiento» (cf. *Jn* 13,1; 19,30)” (Benedicto XVI, *Spe salvi*, 27).

Quien ha experimentado realmente el amor puede intuir lo que es propiamente la vida y lo que significa la esperanza cristiana en la vida verdadera y plena. Jesús dijo de sí mismo que había venido para que tuviéramos la vida: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (*Jn* 10,10). Al mismo tiempo explicaba cuál era el significado de esa vida: «Ésta es la vida eterna: que te conoz-

can a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo» (*Jn* 17,3). Ésta es la vida eterna y la auténtica esperanza cristiana.

La esperanza cristiana nos abre a Dios, que es la fuente de la vida: “La vida en su verdadero sentido no la tiene uno solamente para sí, ni tampoco sólo por sí mismo: es una relación. Y la vida entera es relación con quien es la fuente de la vida. Si estamos en relación con Aquel que no muere, que es la Vida misma y el Amor mismo, entonces estamos en la vida. Entonces «vivimos»” (Benedicto XVI, *Spe salvi*, 27), de lo contrario vegetamos.

4. Los avances de la ciencia y de la tecnología, queridos complutenses, ayudan a superar ciertos problemas, haciendo la vida humana más llevadera y menos penosa. Es bueno hacer todo lo posible para superar el sufrimiento y la enfermedad, pero, siendo realistas, el hombre es incapaz de extirparlos completamente del mundo; tan sólo Dios puede hacer eso. El Dios que, en Jesucristo, ha entrado en la historia y ha asumido la naturaleza humana, redimiéndola: “Nosotros sabemos que este Dios existe y que, por tanto, este poder que «quita el pecado del mundo» (*Jn* 1,29) está presente en el mundo. Con la fe en la existencia de este poder ha surgido en la historia la esperanza de la salvación del mundo. Pero se trata precisamente de esperanza y no aún de cumplimiento; esperanza que nos da el valor para ponernos de la parte del bien aun cuando parece que ya no hay esperanza” (Benedicto XVI, *Spe salvi*, 36).

Nuestra esperanza está bien fundada y es cierta, porque de Dios ha redimido ya al hombre. Dios ha hecho a María “Inmaculada”, sin mancha y llena de gracia. Dios ha anticipado, con su presencia en el mundo, la verdadera vida, aunque sea sólo como prenda. Todos los bautizados hemos recibido la vida de Dios en germen, aunque no plenamente; pero estamos en camino de poder gozar de esa vida. La esperanza cristiana es cierta y segura, porque Dios ya ha actuado en la historia: lo ha hecho en María, de forma plena, y está actuando en nosotros de forma progresiva. El hombre vive ya desde ahora la realidad anticipada, aunque no conocida totalmente. Como dicen los teólogos, “vivimos en un ya, pero todavía no”.

5. La esperanza de María fue también esperanza para los hombres mortales: “La esperanza en sentido cristiano es siempre esperanza para los demás. Y es esperanza activa, con la cual luchamos para que las cosas no acaben en un «final

perverso». Es también esperanza activa en el sentido de que mantenemos el mundo abierto a Dios. Sólo así permanece también como esperanza verdaderamente humana” (Benedicto XVI, *Spe salvi*, 34).

El Adviento es, precisamente, el mundo abierto a Dios; es la espera esperanzada de la llegada del Señor; un mundo que está abierto a la Venida del Señor; unos corazones creyentes, como María, deseosos de que venga Jesús a estar con nosotros; unos hombres que anhelan que la verdadera Vida entre en nuestra pequeña vida.

La Virgen Inmaculada albergó en sus entrañas al que traía la salvación y la esperanza de verdadera felicidad. Los cristianos, a ejemplo de María, debemos mirar hacia delante, hacia la patria celeste y albergar en nuestro corazón la esperanza de eternidad. De este modo nos hacemos capaces de la esperanza verdadera y nos convertimos en ministros de esperanza para los demás.

6. Benedicto XVI, en su encíclica sobre la esperanza, nos ofrece la imagen del mar como el camino por el que atraviesa el hombre: “La vida es como un viaje por el mar de la historia, a menudo oscuro y borrascoso, un viaje en el que escudriñamos los astros que nos indican la ruta. Las verdaderas estrellas de nuestra vida son las personas que han sabido vivir rectamente. Ellas son luces de esperanza. Jesucristo es ciertamente la luz por antonomasia, el sol que brilla sobre todas las tinieblas de la historia. Pero para llegar hasta Él necesitamos también luces cercanas, personas que dan luz reflejando la luz de Cristo, ofreciendo así orientación para nuestra travesía. Y ¿quién mejor que María podría ser para nosotros estrella de esperanza, Ella que con su «sí» abrió la puerta de nuestro mundo a Dios mismo; Ella que se convirtió en el Arca viviente de la Alianza, en la que Dios se hizo carne, se hizo uno de nosotros, plantó su tienda entre nosotros (cf. *Jn* 1,14)?” (Benedicto XVI, *Spe salvi*, 49).

7. Pidamos a la Virgen Inmaculada que sea ella nuestra “Estrella de esperanza”, con las mismas palabras del Papa le rezamos: “Santa María, tú fuiste una de aquellas almas humildes y grandes en Israel que, como Simeón, esperó «el consuelo de Israel» (*Lc* 2,25) y aguardaron, como Ana, «la redención de Jerusalén» (*Lc* 2,38). (...). Por ti, por tu «sí», la esperanza de milenios debía hacerse realidad, entrar en este mundo y su historia. Tú te has inclinado ante la grandeza de esta misión y has dicho «sí»: «Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (*Lc* 1,38) (...) Madre de la esperanza. Santa María, Madre

de Dios, Madre nuestra, enséñanos a creer, esperar y amar contigo” (Benedicto XVI, *Spe salvi*, 50).

“Oh María, Virgen de la espera y Madre de la esperanza, reaviva en toda la Iglesia el espíritu del Adviento, para que toda la humanidad se vuelva a poner en camino hacia Belén, de donde ha venido, y de nuevo vendrá a visitarnos el Sol que surge de lo alto (cf *Lc* 1,78), Cristo nuestro Dios” (Benedicto XVI, *Homilía en las Vísperas del primer Domingo de Adviento*, Roma, 2.XII.2007). Amén.

VISITA PASTORAL A LA PARROQUIA DEL SANTO ÁNGEL

Alcalá de Henares, 16 Diciembre 2007

Lecturas: *Is* 35, 1-6.10; *St* 5, 7-10; *Mt* 11, 2-11.

1. El domingo tercero de Adviento se llama el domingo de la alegría. San Pablo a los Filipenses dice: “Estad alegres en el Señor; os lo repito: estad alegres” (*Flp* 4, 4). Puede que pensemos que no tenemos muchos motivos para estar alegres; porque la vida no es demasiado alegre, sino que, más bien, nos vapulea. Entre problemas, trabajos, dificultades, enfermedades y muerte, no parece una perspectiva demasiado agradable.

Quizá los jóvenes, que parece que empiezan a disfrutar de la vida, tienen mayor ilusión. Pero muchas personas mayores, si les preguntas cómo les ha ido la vida, responden que ha sido muy dura; que han trabajado mucho, para seguir adelante; que han llevado una vida difícil y llena de dificultades; que no les han querido, como ellos esperaban; que no les han valorado, como quisieran; que no han dado los frutos, que habían soñado dar en la vida. Todo eso puede ponernos un poco tristes y depresivos.

2. ¿Por qué, entonces, este tercer domingo se llama el domingo de la alegría, el domingo de la esperanza? Porque realmente la presencia del Señor trae

alegría. Si contemplamos la vida de Jesús, vemos que también Él lloró y trabajó; pasó hambre y sed, sueño y cansancio. También fue un incomprendido. Siendo Dios, le insultaron, le maltrataron, le escupieron, le azotaron y le clavaron en la cruz. Contemplando a Jesucristo, ¿quién de nosotros se puede quejar?

En estos días una persona ha sido ingresada en el hospital, para ser operada rápidamente de una perforación de estómago. Uno de sus hijos me decía que le preguntaron: “Papá, ¿cómo estás?; ¿sufres mucho?” Y el enfermo, un hombre cristiano, contestó: “No os preocupéis; estoy bien. Mucho más sufrió el Señor por nosotros; y Él me da fuerzas”.

El Papa Benedicto XVI, en su última encíclica sobre la esperanza, nos anima a superar el sufrimiento: “Podemos tratar de limitar el sufrimiento, luchar contra él, pero no podemos suprimirlo (...) Lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito” (Benedicto XVI, *Spe salvi*, 37).

3. Cuando el Señor llega, pena y aflicción se van, como hemos escuchado en la primera lectura (cf. *Is* 35, 10). Aunque en la vida del hombre haya penas y aflicciones, la presencia de Dios supera absolutamente todo. En este tercer domingo de Adviento, en el que nos preparamos con proximidad a la celebración de la Navidad, la Iglesia nos invita a la alegría. ¿Por qué no aprovechamos este oasis de alegría, que nos da el Señor, e intentamos disfrutarlo?

Las dificultades de la vida no se resuelven, normalmente de repente, ni desaparecen del todo. No van a desaparecer de nuestra vida ni las dificultades, ni los dolores, ni las enfermedades, ni la muerte. Entonces, ¿por qué esa alegría?

4. El Papa Benedicto XVI ha escrito un precioso libro, que os animo a que leáis, llamado “Jesús de Nazaret”. Allí se planteaba este interrogante: ¿Qué ha venido a traer Jesús? Porque después de venir Jesús al mundo, nacer entre nosotros, morir y resucitar, resulta que seguimos igual; sigue habiendo pobreza y miseria; siguen habiendo guerras, violencia, odios y rencores; siguen mortificándonos las enfermedades y la muerte.

Llevamos dos mil años de cristianismo y nos comportamos igual que antes de venir Jesús. Celebraremos la Navidad y, probablemente, seguiremos igual. ¿Qué

nos ha resuelto Jesús y qué nos ha traído? Nos ha traído la presencia de Dios; nos ha traído a Dios entre los hombres: “Aquí surge la gran pregunta que nos acompañará a lo largo de todo este libro: ¿qué ha traído Jesús realmente, si no ha traído la paz al mundo, el bienestar para todos, un mundo mejor? ¿Qué ha traído? La respuesta es muy sencilla: a Dios. Ha traído a Dios (...) Jesús ha traído a Dios y, con Él, la verdad sobre nuestro origen y nuestro destino; la fe, la esperanza y el amor. Sólo la dureza de nuestro corazón nos hace pensar que esto es poco. Sí, el poder de Dios en este mundo es un poder silencioso, pero constituye el poder verdadero, duradero” (Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, Cap. 2, p. 69).

Jesús nos ha traído su fuerza, para vencer todos los males; nos ha regalado su fortaleza, para superar todas las tentaciones; nos ha traído su gracia, para superar el mal; nos ha traído su luz, para iluminar nuestras mentes y nuestros corazones. Pero no nos ha quitado las dificultades y problemas.

Nos ha traído la presencia de Dios, para hacernos hijos suyos; nos ha acogido, como un niño pequeño en brazos de su madre. Al niño pequeño, cuando llora y sufre, su madre lo coge, lo sienta en sus rodillas, lo llena de besos y el niño, con gran confianza, descansa en su madre. Nosotros somos como ese niño pequeño, a quien el Señor ha abrazado, ha sentado en su regazo y ha llenado de besos; de ese modo, hemos quedado dormidos entre sus brazos.

5. Dios se ha hecho presente entre los hombres; y esa es la gran noticia y el motivo por el que podemos estar realmente alegres. ¡Alegraos, pues, en el Señor! A pesar de todas las dificultades, Dios está con nosotros; Jesucristo ha vencido la enfermedad y la muerte. ¡Alegraos!

Tanto la lectura de Isaías como el evangelio de Mateo nos dicen que, cuando Dios se hace presente, hay una transformación en el mundo. Juan Bautista envía a sus discípulos a preguntarle a Jesús quién es. Pero Jesús no contesta directamente que Él es el Mesías. La respuesta que les da a los discípulos de Juan Bautista es otra muy distinta: «Id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva» (Mt 11, 4-5). Jesús les invita a dar testimonio de lo que han visto.

6. Esas acciones salvíficas y transformadoras son fruto de la presencia de Dios entre los hombres. Todo eso es la Navidad; todo eso es la Pascua; todo eso es la celebración eucarística.

El Señor está esperando que nosotros le permitamos que Él nos abra los ojos de nuestras cegueras. No vemos su presencia y nos quejamos de los dolores, de la enfermedad y de lo mal que lo pasamos. No queremos experimentar su presencia, que es la que nos da fuerza y la que vence todos los males.

El Señor quiere que proclamemos las maravillas que ha hecho en cada uno de nosotros. ¿Acaso la fe, que tenemos, no ha iluminado nuestra vida? ¿O es que la fe no sirve para nada? ¿O es que el amor de Dios no transforma nuestra vida? ¿Para qué creer, entonces, y esperar en la otra vida, si aquí estamos siempre regañando y protestando?

7. El Señor ha venido para darnos la salvación. Como nos dice el Apóstol Santiago: «Tened, pues, paciencia, hermanos, hasta la Venida del Señor. Mirad: el labrador espera el fruto precioso de la tierra aguardándolo con paciencia, hasta recibir las lluvias tempranas y tardías. Tened también vosotros paciencia; fortaleced vuestros corazones porque la Venida del Señor está cerca» (*Sr* 5, 7-8).

Tened paciencia, como el labrador que espera a que la planta crezca y produzca fruto. Los frutos no vamos a recogerlos necesariamente ahora. Los frutos auténticos de vida eterna, de felicidad plena, los recogeremos después de cruzar el umbral de la muerte; no antes. Por tanto: paciencia. Pero la resurrección existe; la vida eterna existe; la luz plena existe. Dejemos ahora, por tanto que el Señor nos transforme.

8. Estamos celebrando la Visita pastoral, que concluimos con esta Misa estacional, presidida por el Obispo, cabeza de la Diócesis. La Visita pastoral pretende, fundamentalmente, ser un encuentro con el Señor, con motivo de la presencia del Obispo en la parroquia.

Naturalmente, la Visita pastoral es un encuentro mutuo entre nosotros. Es un alto en el camino y un momento de reflexión, en el que revisamos nuestra acción pastoral.

En esta reflexión nos preguntamos qué nos pide el Señor. Probablemente el Señor nos está pidiendo, como en el evangelio de este domingo, que no tengamos vergüenza de decir que somos cristianos; que tengamos la valentía de defender la vida humana, desde el primer instante de su concepción hasta la muerte natural –no forzada, ni manipulada, ni violentada–.

9. Nos está diciendo el Señor que abramos nuestros ojos para verle. ¿Dónde está el Señor? Abramos los ojos, porque el Señor está cerca de nosotros: Está en el prójimo; está en el niño no-nacido, que vive aún en el seno materno; está en el anciano y en el emigrante; está en las personas necesitadas y enfermas. ¿Cómo nos comportamos con ellos? El Señor está también en la eucaristía y en los sacramentos de la Iglesia.

El Señor quiere que abramos nuestros labios, porque estamos mudos muchas veces, y que seamos testigos de su Evangelio; que proclamemos la Buena Nueva de que Cristo nos ha salvado. Estamos salvados, hermanos, a pesar de nuestros pecados y debilidades. El Señor ya nos ha curado y nos ha salvado. ¿Cómo podemos estar tristes? Hemos de pregonar y proclamar la Buena Noticia que es la Palabra viva, Cristo. Cristo nos ha salvado, hermanos.

El Señor desea que movamos también nuestros pies, para anunciar la Buena Nueva a los demás: «¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas nuevas, que anuncia salvación, que dice a Sión: Ya reina tu Dios!» (*Is 52, 7*). Con alegría, podemos llevar a cabo el mandato de Jesús a los discípulos de Juan Bautista: anunciar lo que habían visto y oído (cf. *Mt 11, 4*).

Demos testimonio de que hemos sido curados y salvados por el Señor, que nos ha resucitado cada vez que hemos muerto por nuestro egoísmo y nuestro pecado. El perdón de los pecados es una revitalización y una resurrección. La participación en la Eucaristía es participación en la muerte y resurrección del Señor. Cristo nos está salvando mediante la Iglesia, en los sacramentos.

10. Finalmente, quiero felicitaros a todos, porque esta comunidad cristiana del Santo Ángel, en Alcalá, ha ido creciendo, madurando, limpiando impurezas, resolviendo problemas y superando tensiones. He podido observar, en estos nueve años, un crecimiento de la comunidad; y deseo felicitaros por vuestro avance y vuestra mayor conciencia de cristianos. Os felicito por vuestro testimonio y vuestras celebraciones.

En estos días he tenido la oportunidad de encontrarme con los niños y con los jóvenes, a quienes felicito también, porque están muy integrados en la comunidad parroquial; y eso es muy positivo. Estimados jóvenes, dentro de unos años seréis vosotros los adultos y padres de vuestros hijos, a quienes educaréis en la fe

y traeréis a esta comunidad parroquial, para que sigan viviendo como cristianos. Y felicito, sobre todo, a los sacerdotes de la Parroquia. Los que regentaron anteriormente esta comunidad, hicieron su aportación; y los sacerdotes que actualmente la rigen, don Francisco-José, alias Patxi, como le soléis llamar, y don Manuel, os acompañan ahora en el camino de la fe, del amor de Dios, de la esperanza y de la alegría cristiana.

Os felicito a todos por el camino que estáis haciendo y os animo a seguir adelante. Aunque tengáis que sufrir por el Señor, vivid esperanzados y con alegría.

11. Que esta visita pastoral sea un alto en el camino; un momento de reflexión, de acción de gracias a Dios y de petición, para que nos siga ayudando, iluminando y dando su alegría.

¿Quién ha acompañado mejor que nadie a Jesús, durante toda su vida? La mujer, que ha acompañado mejor que nadie a Jesús, ha sido la Virgen María. Ella lo llevó en su seno y no quiso deshacerse de Él, aunque le causara problemas de incomprensión y rechazo por parte de la gente. ¡Qué gran ejemplo para tantas madres, que matan sus hijos en su seno! En España ha habido unos cien mil abortos provocados en el último año. María, sin embargo, acompañó a su Hijo desde la concepción hasta la muerte en la cruz.

¿A qué madre le gustaría ver el espectáculo horrendo, que contempló María? Le mataron violentamente a su hijo inocente; y María no se quejó, sino que vivió la alegría y la esperanza de que su Hijo resucitaría.

Ella experimentó la fuerza de estar junto a su Hijo. En estos días, como solemos hacer en las Visitas pastorales, nos acompaña la imagen de la Virgen del Val, Patrona de la Ciudad de Alcalá. ¡Contemplémosla y pidámosle que nos de fuerza! En los momentos bajos, digámosle: “María, tú que sufriste más que yo, dame fuerza. Ayúdame a contemplarte y a contemplar a Jesús, para que no pierda la alegría, pase lo que pase”.

¡Que la Virgen del Val nos proteja a todos, nos ayude, nos anime y nos haga vivir con gozo y alegría la fe! Que así sea.

NATIVIDAD DEL SEÑOR

Catedral de Alcalá de Henares, 25 Diciembre 2007

Lecturas: *Is* 52,7-10; *Hb* 1, 1-6; *Jn* 1, 1-18.

Navidad: Salvación y esperanza

1. El mensaje de salvación

1. El profeta Isaías nos presenta la imagen del mensajero que trae un anuncio de salvación: «¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que proclama la paz, que anuncia buenas noticias, que pregona la victoria, que dice a Sión: “¡Tu Dios reina!”» (*Is* 52, 7).

Hoy, día de Navidad, estimados hermanos, se nos anuncia el mensaje de salvación: El Hijo de Dios viene a los hombres, para ofrecernos la victoria sobre el enemigo mortal, sobre el pecado y sobre la muerte. Ésta es la gran noticia siempre antigua y siempre nueva.

El Papa Benedicto XVI invitó, anteayer domingo, a todos los creyentes a anunciar al mundo la alegría de la Navidad, el amor de Dios hecho hombre (cf. *Ángelus*, Vaticano, 23.XII.2007). Celebramos –decía– «el gran misterio del amor

que nunca termina de sorprendernos. Dios se hizo Hijo del hombre para que nos convirtiéramos en hijos de Dios».

Este anuncio sigue resonando en todo el mundo, a través de la Iglesia, cuya misión evangelizadora es “la respuesta al grito ‘ven, Señor Jesús’, que atraviesa toda la historia de la salvación y que sigue alzándose de los labios de los creyentes. Ven, Señor, a transformar nuestros corazones para que en el mundo se difundan la justicia y la paz” (Benedicto XVI, *Ibid.*). Este anuncio de salvación hace renacer en el hombre la esperanza.

2. Siguiendo con la imagen poética de profeta Isaías, al mensajero de la buena nueva le responde un coro de centinelas, que desde las murallas de la ciudad alcanzan a distinguir la caravana de desterrados que retorna, signo concreto del Señor que llega: «Escucha: tus vigías gritan, cantan a coro, porque ven cara a cara al Señor, que vuelve a Sión» (*Is 52, 8*).

Los centinelas exhortan, por su parte, a las ruinas mismas de la ciudad, para que se unan al coro, porque el Señor rescata a su pueblo: «Romped a cantar a coro, ruinas de Jerusalén, porque el Señor ha consolado a su pueblo, ha rescatado a Jerusalén» (*Is 52, 9*).

Nosotros hoy, como centinelas contemplemos al Señor que llega, al Hijo de Dios que se hace hombre y libera a los prisioneros del mal e ilumina los ojos de los ciegos; contemplemos al Príncipe de la Paz, que hace retornar a los desterrados y ofrece la paz mesiánica.

El Papa Benedicto ha dirigido su Mensaje de Paz al mundo titulándolo “*Familia humana, comunidad de paz*”. Pidamos al Señor que nos conceda ser constructores de paz y que la humanidad entera sea como una gran familia donde reine en ella la paz y el amor.

3. El Ungido del Señor trae la salvación para todo hombre: «Ha aparecido la gracia de Dios, que trae la salvación para todos los hombres» (*Tit 2, 11*). La paz y la alegría son salvación. Cristo vine a salvar al hombre; a redimirnos a todos del pecado; a salvarnos de la muerte eterna; a librarnos de nuestro egoísmo, que se opone al Amor; a limpiar lo que afea nuestro corazón y nuestra alma. Y eso sólo lo puede hacer Dios. El Señor ha descubierto «su santo brazo a los ojos de todas las naciones, y verán los confines de la tierra la victoria de nuestro Dios» (*Is 52, 10*).

La presencia de Dios entre los hombres es necesaria, para que el hombre pueda salir de su estado de postración, ya que no puede salir por sí mismo. Por eso Cristo se rebaja y asume nuestra condición humana y la eleva hasta Dios.

4. San Agustín comenta el estado en que se encontraría el hombre, si no hubiera nacido el Hijo de Dios entre nosotros. Podemos aplicarlo a cada uno de nosotros: “Hubieses muerto para siempre, si él no hubiera nacido en el tiempo. Nunca te hubieses visto libre de la carne del pecado, si él no hubiera aceptado la semejanza de la carne de pecado. Una inacabable miseria se hubiera apoderado de ti, si no se hubiera llevado a cabo esta misericordia. Nunca hubieras vuelto a la vida, si él no hubiera venido al encuentro de tu muerte. Te hubieras derrumbado, si él no te hubiera ayudado. Hubieras perecido, si él no hubiera venido. Celebremos con alegría el advenimiento de nuestra salvación y redención. Celebremos el día afortunado en el que quien era el inmenso y eterno día, que procedía del inmenso y eterno día, descendió hasta este día nuestro tan breve y temporal. (...) ¿Pues qué gracia de Dios pudo brillar más intensamente para nosotros que ésta: teniendo un Hijo unigénito, hacerlo hijo del hombre, para, a su vez, hacer al hijo del hombre hijo de Dios? Busca méritos, busca justicia, busca motivos; y a ver si encuentras algo que no sea gracia” (San Agustín, *Sermón 185: PL 38, 998-999*).

En la Encarnación, estimados hermanos, el Hijo de Dios se hace hombre para divinizar al hombre; Dios se rebaja para elevar al hombre; Dios se anonada, para enriquecer al hombre.

2. Vivir religiosamente en esperanza

5. El nacimiento de Jesús en Belén, que hoy celebramos, nos pide ser más religiosos, más creyentes, más cristianos. La gracia salvadora de Dios, manifestada a todos los hombres, nos enseña a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, y a llevar ya desde ahora una vida sobria, honrada y religiosa (cf. *Tít 2, 12*). Da la impresión, a veces, de que nuestro cristianismo se mantiene en la superficie, sin penetrar hasta el fondo de nosotros mismos. Dejemos que el Señor impregne total y profundamente nuestra vida.

Jesús de Nazaret es la presencia de Dios entre los hombres. A través de su persona podemos alabar a Dios, cantarle himnos de bendición y gloria, pedirle perdón y recibir la salvación.

La presencia de Cristo entre nosotros nos está exigiendo vivir religiosamente en esperanza. La impiedad es lo contrario de cultivar la relación con Dios. El impío es el no creyente y el que se aparta de Dios. El nacimiento de Jesús nos anima a cultivar la vida religiosa y a vivir la fe; nos enseña a ser hombres religiosos, que están en relación con la divinidad; nos permite gozar de la presencia de Dios.

6. La salvación que el Niño-Dios trae a la tierra es fuente de esperanza para todo hombre, que aguarda la felicidad plena y la contemplación del rostro de Dios.

El cristiano es un hombre de esperanza; vivamos, pues, con esperanza, queridos hermanos. A los hombres que viven en medio de las oscuridades de este mundo, el nacimiento de Jesús los ilumina y los convierte en hombres alegres, salvados, pacíficos y esperanzados. Todo eso lo expresamos religiosamente celebrando los sacramentos, escuchando la Palabra de Dios, viviendo día a día y en cada momento nuestra relación filial con Dios-Padre.

7. El Papa Benedicto nos ha regalado una encíclica sobre la esperanza, que os invito a leer, y en ella nos ha recordado que la única verdadera esperanza está en Dios: “Es verdad que quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida (cf. *Ef* 2,12). La verdadera, la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, sólo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando «hasta el extremo», «hasta el total cumplimiento» (cf. *Jn* 13,1; 19,30). Quien ha sido tocado por el amor empieza a intuir lo que sería propiamente «vida»” (*Spe salvi*, 27). El amor de Dios se nos ha manifestado en Cristo Jesús, quien ha venido a traernos la verdadera vida. Por eso, su venida es esperanzadora.

¡Que el nacimiento del Niño-Dios entre los hombres nos haga ser agradecidos y esperanzados! La Virgen María llevó en su seno a Jesús y lo ofreció a toda la humanidad. ¡Que también nosotros, estimados hermanos, seamos capaces de llevarlo en nuestro corazón y de comunicarlo a los demás! María contempló con amor a su Hijo. ¡Que nosotros sepamos contemplarlo y adorarlo con humildad, hecho Niño en Belén! Amén. ¡Feliz Navidad a todos!

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

CONFIRMACIONES

Día 1. Confirmaciones en la parroquia de Santa Cruz (Coslada). Vicario episcopal: Javier Ortega.

Día 2. Confirmaciones en la parroquia de San Esteban Protomártir (Serracines). Vicario episcopal: Javier Ortega.

Día 15. Confirmaciones en la parroquia de San Andrés (Villarejo de Salvanes). Vicario general: Mons. Florentino Rueda.

Día 16. Confirmaciones en la parroquia de San Marcos (Rivas). Vicario episcopal: Javier Ortega.

Confirmaciones en la parroquia de la Natividad de Nuestra Sra. (Mejorada del Campo). Vicario episcopal: Mons. Pedro-Luís Mielgo.

Confirmaciones en la parroquia de San Pablo Apóstol de las Gentes (Coslada). Vicario general: Mons. Florentino Rueda.

DEFUNCIONES

El día 1 de diciembre de de 2007 falleció D. Julián González García, hermano del Rvdo. D. Juan José González García, Párroco de la Asunción de Nuestra Señora en Algete.

El día 2 de diciembre de 2007 falleció D. Máximo Costilla Fernández, cuñado del Rvdo. D. Matías Ares Martín, Vicario Parroquial de San Diego, en Alcalá de Henares y Capellán del C. P. “Madrid-1”

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

CRÓNICA DE LA JORNADA SACERDOTAL

El día dieciocho, en la Casa de Espiritualidad de “Ekumene”, en Alcalá de Henares, tuvo lugar la Jornada Sacerdotal Diocesana, correspondiente al presente mes de diciembre y presidida por el Sr. Obispo.

Se inició la Jornada rezando la Hora Tertia en la Capilla y con un tiempo de oración en común.

A continuación, tuvo lugar una reflexión en común sobre la corresponsabilidad de los laicos en la vida de la Iglesia, ayudando a profundizar en este aspecto tan importante en el momento presente y que recoge uno de los objetivos del presente curso pastoral. La exposición estuvo a cargo del Secretariado Diocesano para la Acción Católica. Participaron como ponentes la Srta. Beatriz Pascual Guijarro y el Rvdo. Sr. D. Pablo Ormazabal Albistur, Vicario judicial.

Después, y dada la cercanía de la Navidad, el Rector del Seminario, D. Juan-Miguel Prim Goicoechea, presentó una audición audiovisual de música sacra, que ayudó también a situarnos ante la belleza de la Verdad que contemplamos.

Tras unas palabras del Sr. Obispo, concluyó esta Jornada, con la comida, en un ambiente festivo y fraterno.

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO DICIEMBRE 2007

Día 1. Dicta una conferencia sobre “El concepto de martirio en la reflexión teológica actual” en el Colegio Los Olmos (Madrid).

Día 2. Concelebra en la Acción de gracias con motivo del nombramiento del Arzobispo de Valencia como Cardenal (Catedral-Valencia).

Día 3. Por la mañana, audiencias.

Por la tarde, Visita pastoral a la parroquia de Virgen del Val (Alcalá).

Día 4. Por la mañana, audiencias.

Por la tarde, reunión con los sacerdotes de Pastoral vocacional (Seminario-Alcalá).

Día 5. Reunión del Consejo Asesor de la Comisión episcopal de pastoral (Madrid).

Día 6. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 7. Preside la Vigilia de la Inmaculada (Parroquia de Santa María - Alcalá).

Día 8. Celebra la Eucaristía con motivo de la Fiesta de la Inmaculada Concepción (Catedral-Alcalá de Henares).

Día 9. Asiste a la Toma de posesión del nuevo Obispo de Segovia, Mons. Ángel Rubio.

Día 10. Por la mañana, despacha asuntos de la Curia diocesana.

Por la tarde, celebra la Eucaristía en el Cementerio “Jardín” (Alcalá).

Día 11. Preside la reunión de arciprestes.

Día 12. Por la mañana, asiste a la reunión de la Academia de Arte e Historia de San Dámaso (Seminario de Madrid).

Por la tarde, dicta una conferencia a la Asociación de Mujeres Democráticas Independientes Complutenses sobre “La mujer en el catolicismo” (Rectorado Universidad-Alcalá) y preside la Eucaristía (Capilla de San Ildefonso-Alcalá).

Día 13. Por la mañana, reunión del Consejo episcopal.

Por la tarde, Visita pastoral a la parroquia de Santo Ángel (Alcalá).

Día 14. Por la mañana, reunión de Provincia Eclesiástica (Madrid).

Por la tarde, Visita pastoral a la parroquia de Santo Ángel (Alcalá).

Días 15-16. Visita pastoral a la parroquia de Santo Ángel (Alcalá).

Día 17. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 18. Jornada sacerdotal diocesana (Ekumene-Alcalá).

Día 19. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 20. Por la mañana, despacha asuntos de la Curia diocesana.

Por la tarde, celebra la Eucaristía, como motivo de la Fiesta Navideña en el Seminario diocesano (Alcalá).

Día 21. Audiencias y visita el Monasterio de Franciscanas Concepcionistas (Alcalá).

Días 22-23. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 24. Preside la Eucaristía de Noche-Buena (Catedral).

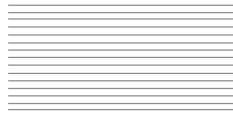
Día 25. Preside la Eucaristía del día de Navidad (Catedral).

Días 26-28. Estancia en Valencia.

Día 29. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 30. Participa en la Celebración por la Familia Cristiana (Pza. Colón-Madrid).

Día 31. Despacha asuntos de la Curia diocesana.



Diócesis de Getafe

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

INCARDINACIONES

Con fecha de 26 de noviembre de 2007, el Sr. Obispo de Getafe firmó el Decreto de Incardinación de D. Angel Igualador, en la Diócesis de Getafe.

Con fecha de 20 de diciembre de 2007, el Sr. Obispo de Getafe firmó el Decreto de Incardinación de D. Pablo Fernández López Peláez, en la Diócesis de Getafe.

NOMBRAMIENTOS

D. Francisco Seco Sánchez Seco, Director de Cáritas Diocesana de Getafe, el 1 de septiembre de 2007.

D. Javier Mairata Anduiza, Formador del Seminario Diocesano Ntra. Sra. de los Apóstoles, el 1 de octubre de 2007

Dña. Fátima Carrasco Sánchez, Actuario del Tribunal Eclesiástico de la Diócesis de Getafe, el 13 de diciembre de 2007.

DEFUNCIONES

Doña Victoria Ortiz Agüero, madre del sacerdote diocesano D. Julián Nicolás Ortiz, Párroco de Ntra. Sra. de Fátima, en Getafe, murió el 8 de diciembre de 2007, en Valdemoro, a los 85 años de edad.

D. Ramón García Rivas, hermano del sacerdote diocesano D. Jesús Enrique García Rivas, Delegado de Liturgia de la Diócesis de Getafe, falleció en Canarias, el 23 de diciembre de 2007, a los 58 años de edad.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

DECRETOS

Joaquín María López de Andújar y Cánovas del Castillo
Obispo de Getafe

DECRETO DE RECTIFICACIÓN DE LÍMITES DE LA PARROQUIA DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR EN VALDEMORO, DIÓCESIS DE GETAFE

La erección de la nueva Parroquia de San Vicente de Paúl exige revisar, rectificar y actualizar los límites de la Parroquia Nuestra Señora del Pilar.

Recabados los informes de Sr. Párroco de la parroquia afectada, oído el Arciprestazgo de Valdemoro y visto el estudio de la Oficina de Estadística y Sociología, cuyos pareceres han sido favorables, por las presentes

DECRETO

LA RECTIFICACIÓN DE LOS LÍMITES DE LA PARROQUIA NUESTRA SEÑORA DEL PILAR, en Valdemoro, en esta Diócesis de Getafe:

«Partiendo de la confluencia de la autopista A-4 con la entrada al paseo Enrique Tierno Galván, arrancan por el eje del paseo Enrique Tierno Galván (en dirección suroeste; siguen por el eje del paseo Párroco Don Lorenzo (suroeste), por el eje de la avenida Mar Mediterráneo (suroeste), por el eje de la calle Cibeles (suroeste), por el eje de la calle Illescas (suroeste), por el eje de la avenida Mar Egeo (noroeste), por una línea recta imaginaria hasta el límite con el municipio de Torrejón de Velasco (oeste), por los límites de los términos municipales de Valdemoro-Torrejón de Velasco (suroeste), por los límites de los términos municipales de Valdemoro-Seseña (sureste), por los límites de los términos municipales de Valdemoro-Ciempozuelos (noreste), por el eje de la autopista A-4 (noroeste) hasta la confluencia con la entrada al paseo Enrique Tierno Galván, punto de partida».

Mandamos que este decreto de rectificación de los límites de la parroquia de Nuestra Señora del Pilar en Valdemoro, sea expuesto en la cancela de la parroquia matriz y sea comunicado a los fieles de dicha parroquia.

Getafe, veintisiete de noviembre de dos mil siete, Fiesta de Nuestra Señora de la Medalla

Por mandato de S.E. Rvdma.

Canciller Secretario
Francisco Armenteros Montiel

Joaquín María López de Andújar y Cánovas del Castillo
Obispo de Getafe

**DECRETO DE RECTIFICACIÓN DE LÍMITES
DE LA PARROQUIA DE NUESTRA SEÑORA DE LA ASUNCIÓN EN
VALDEMORO, DIÓCESIS DE GETAFE**

La erección de la nueva Parroquia de San Vicente de Paúl exige revisar, rectificar y actualizar los límites de la Parroquia Nuestra Señora de la Asunción.

Recabados los informes de Sr. Párroco de la parroquia afectada, oído el Arciprestazgo de Valdemoro y visto el estudio de la Oficina de Estadística y Sociología, cuyos pareceres han sido favorables, por las presentes

DECRETO

**LA RECTIFICACIÓN DE LOS LÍMITES
DE LA PARROQUIA NUESTRA SEÑORA DE LA ASUNCIÓN,
en Valdemoro, en esta Diócesis de Getafe:**

«Partiendo de la confluencia de la autopista A-4 con la entrada al paseo Enrique Tierno Galván, arrancan por el eje del paseo Enrique Tierno Galván (en dirección suroeste; siguen por el eje del paseo Párroco Don Lorenzo (suroeste), por el eje de la avenida Mar Mediterráneo (suroeste), por el eje de la calle Cibeles

(suroeste), por el eje de la calle Illescas (suroeste), por el eje de la avenida Mar Egeo (noroeste), por una línea recta imaginaria hasta el límite con el municipio de Torrejón de Velasco (oeste), por los límites de los términos municipales de Valdemoro- Torrejón de Velasco (noreste), por una línea recta imaginaria hasta la calle Rosalía de Castro (este), por el eje de la calle Rosalía de Castro (este), por el eje de la calle Río Manzanares (sureste), por el eje de la calle Don Ramón Areces (noreste), por el eje de la calle Las Tenerías (noreste), por el eje de la autopista A-4 (suroeste) hasta la confluencia con la entrada al paseo Enrique Tierno Galván, punto de partida» .

Mandamos que este decreto de rectificación de los límites de la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción en Valdemoro, sea expuesto en la cancela de la parroquia matriz y sea comunicado a los fieles de dicha parroquia.

Getafe, veintisiete de noviembre de dos mil siete, Fiesta de Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa.

Por mandato de S.E. Rvdma.

Canciller Secretario
Francisco Armenteros Montiel

Joaquín María López de Andújar y Cánovas del Castillo
Obispo de Getafe

**ERECCIÓN DE LA PARROQUIA DE SAN VICENTE DE PAÚL EN
VALDEMORO, DIÓCESIS DE GETAFE**

El incremento de población que ha experimentado el municipio de Valdemoro, en esta Diócesis de Getafe, y la expansión que se prevé en un futuro próximo, hacen aconsejable la desmembración de las parroquias de Ntra. Sra. de la Asunción y de Ntra. Sra. del Pilar y la creación de una nueva con el nombre de **SAN VICENTE DE PAÚL**.

Recabados los informes de los Sres. Curas párrocos de Ntra. Sra. de la Asunción y Ntra. Sra. del Pilar en Valdemoro, como parroquias afectadas, del Arciprestazgo de Valdemoro y su Arcipreste, oído el Consejo Presbiteral y visto el estudio de la Oficina de Estadística y Sociología, a tenor del canon 515,2, del vigente Código de Derecho Canónico, cuyos pareceres han sido favorables, por las presentes,

DECRETO

**LA ERECCION DE LA NUEVA PARROQUIA EN VALDEMORO,
CON EL NOMBRE DE SAN VICENTE DE PAÚL,**
cuyos límites se fijan en la forma siguiente:

«Partiendo de la confluencia de la autopista A-4 con la entrada a la calle Las Tenerías, arrancan por el eje de la autopista A-4 hasta el límite con el término municipal de Pinto (en dirección noreste); siguen por los límites de los términos municipales de Valdemoro Pinto y Valdemoro-Torrejón de Velasco (suroeste), por una línea recta imaginaria hasta la calle Rosalía de Castro (este), por el eje de la calle Rosalía de Castro (este), por el eje de la calle Río Manzanares (sureste), por el eje de la calle Don Ramón Areces (noreste), por el eje de la calle Las Tenerías (noreste) hasta la confluencia con la autopista A-4, punto de partida».

La población de la nueva parroquia, asignada según padrón, es de 27.120 personas.

Mandamos que este Decreto de Erección de la nueva parroquia de San Vicente de Paúl, desmembrada de Ntra. Sra. de la Asunción y de Ntra. Sra. del Pilar en Valdemoro, sea expuesto en la cancela de las Iglesias matrices, y sea comunicado a los fieles de las parroquias.

Cumplase con lo dispuesto en los Acuerdos entre la Santa Sede y el Estado Español, art. 1, 2 de fecha 3 de enero de 1.979

Getafe, a veintisiete de noviembre de dos mil siete Fiesta de Ntra. Sra. de la Medalla Milagrosa.

Por mandato de S.E. Rvdma.

Canciller Secretario
Francisco Armenteros Montiel

INFORMACIONES

Vaticano, 6 de diciembre de 2007

N. 81.007

Señor Obispo:

Mediante los buenos oficios de la Nunciatura Apostólica, ha querido Usted, en nombre de la Diócesis de Getafe, dar testimonio de ferviente adhesión a la Sede Apostólica, enviando los donativos de 3.257 y 3.005 euros por los conceptos del Óbolo de San Pedro y aportación según el can. 1271 del C.LC., respectivamente.

Con la presente cumplo el encargo de transmitirle las expresiones de vivo agradecimiento de Su Santidad por este generoso gesto de solidaridad, al cual corresponde invocando del Señor abundantes gracias que sean prenda de continuo progreso espiritual en la vida de esa Diócesis. Con estos deseos, el Sumo Pontífice imparte a Usted, a los sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles la Bendición Apostólica.

Aprovecho la oportunidad para manifestarle, Señor Obispo, los sentimientos de mi consideración y estima en Cristo.

Secretario de Estado

Mons. Joaquín María López de Andujar y Cánovas del Castillo
Obispo de Getafe
Almendo, 4
28901 GETAFE

